



AYER Y HOY



N.º 14

Febrero y Marzo 1950

NUESTRA PORTADA

PUENTE DE SAN MARTÍN

(Un dibujo de Manuel M. Pintado.)

Sacha Guitry cuenta esta pequeña historia:

En el Paraíso Terrenal, un hermoso día, Adán dice a Eva que se marcha de caza y que volverá pronto. Pero pasa tiempo y la esposa se impacienta. Cuando regresa el marido, Eva le llena de reproches.

—¿Qué has hecho en todo el día?—, dice.

—Cazar—, contesta él.

—Tú me ocultas algo. ¿Has estado con alguien?—, insiste la mujer.

—Ya sabes que aquí no hay nadie más que tú y yo—, reitera él.

Y, encogiéndose de hombros, se echa a dormir.

Eva, cuando se halla segura de que Adán duerme profundamente, con mano suspicaz, le repasa las costillas.



Atropellos artísticos

En la Parroquia de Santiago del Arrabal, magnífico exponente del mudéjar toledano, que por todos conceptos es digna del especial respeto y de que se conserve su carácter y originalidad con el mayor cuidado, ha sido destrozado, sin el menor interés artístico, uno de los llamados "ojos de buey", que se encuentra en la fachada principal de este notable edificio. El detalle arquitectónico a que nos referimos, formaba un conjunto admirable con los dos arcos polilobulados colocados a derecha e izquierda del mismo, destrozando, con su burda mutilación, el ritmo ornamental que presidía tan bello conjunto.

No podemos afirmar si esta iglesia está catalogada como Monumento Artístico Nacional; en este caso, sería más de lamentar el hecho, pero en todo caso, debe volver lo indicado a su primitivo estado, haciendo la reparación necesaria.

* * *

Otro caso lamentable es el ocurrido con la portada gótica de la casa núm. 3 de la Calle de la Plata. Este conjunto tan armónico, ha sido destrozado con la pintura brillante y acharolada de su puerta de madera, de sus robustos llamadores y sus clavos de cazoleta que la decoran, resultando de un gusto deplorable esta innovación.

Nosotros, siempre respetuosos con la propiedad privada, a la que respetamos, nos duele se cometan estos atentados al buen gusto y al carácter típico de nuestra Ciudad.

MEMORIA

correspondiente al año de 1949 de la Asociación de Artistas Toledanos «Estilo»⁽¹⁾

Un año más va transcurrido en la vida de nuestra Asociación, y en él se han forjado realidades, con la entusiasta colaboración de todos los asociados. Estamos satisfechos porque «Estilo» ha sabido crearse una aureola de respeto y de admiración que nos enorgullece plenamente.

Por precepto reglamentario, comparece ante vosotros la Junta Directiva, para daros cuenta de su gestión; los posibles errores padecidos, esperamos sabréis disculparlos, aunque en la labor realizada ha puesto siempre el más cabal deseo de acertar. Vamos sucintamente a exponerla para no cansar vuestra atención.

Exposiciones.—Coincidiendo con las festividades del Corpus, se celebró nuestra II Exposición de Primavera, que fué abierta solemnemente por el Director General de Bellas Artes, señor Marqués de Lozoya, y autoridades locales. Prodigaron elogios y plácemes a la Asociación, felicitando a los expositores por la calidad de las obras presentadas.

El salón alto del Ayuntamiento dió cordial acogida a la Exposición de Otoño, que abarcaba las Bellas Artes, Artes Aplicadas y Humorismo, inaugurada por las autoridades locales.

Ambos certámenes constituyeron un señalado éxito, recibiendo incontables pruebas de simpatía y estímulo la Asociación, y los asociados que, con sus bellos trabajos, dieron empuje a tales manifestaciones de arte.

Concursos.—El año 1949 se ha distinguido por los diversos concursos celebrados; el más importante por la dotación de premios y por su difusión en el ámbito nacional, lo constituyó el de carteles anunciadores del Corpus, que presentó una modalidad favorable a los artistas toledanos: la institución de un premio de 1.000 pesetas para el mejor trabajo, si alguno de aquéllos fuera galardonado con el 1.º ó 2.º premios.

Otros concursos patrocinados económicamente por las autoridades y aún por particulares, a quienes agradecemos su apoyo, y alusivos a la romería del Valle, corrida del Corpus, Feria de Agosto, asedio del Alcázar y Primer aniversario de la traída de aguas a Toledo, tuvieron en constante actividad a nuestros asociados, que quedó cerrada con el 1.º de Chrismas organizado por «Estilo». Cabe destacar el éxito logrado por todos, con una mención especial para algunos elementos jóvenes, que van perfilando su personalidad artística. Y a propósito de estos jóvenes, damos públicamente las gracias a la Diputación Provincial, que a solicitud de la Asociación, concedió cuatro becas de 300 pesetas, para distribuir entre igual número de aquéllos que ejerci-

(1) Leída ante la Junta General Ordinaria, celebrada el día 26 de Febrero de 1950, en el Salón de Mesa.

tasen el Dibujo, Pintura, Talla y Damasquinado, y que fueron entregadas por la Asociación en nombre de dicha entidad.

Asimismo y para cantar la tradición popular de la romería del Valle, hubo un concurso literario, en prosa y verso, que obtuvo franco éxito.

Conferencias literarias y musicales.—El Paraninfo del Instituto de Enseñanza Media, amablemente cedido por su Director, fué escenario de conferencias literarias, audiciones musicales y corales, y de un recital de «lieder», a cargo de ilustres escritores y artistas de fina sensibilidad que, graciosamente, se pusieron a disposición de la Asociación, constituyendo sus intervenciones un alto exponente de erudición y de calidad artística, que fueron sinceramente elogiados por la numerosa concurrencia que les escuchó.

Excursionismo.—Esta actividad ha sido fomentada ampliamente, en el transcurso del año, con visitas al Castillo de Guadamur y Cervatos, al histórico Guadalupe, a la serrana finca del Castañar y al grandioso Monasterio de El Escorial, en cuyos lugares sólo facilidades y atenciones se dispensaron a los excursionistas, que agradecemos vivamente.

Domicilio social.—Hoy sometemos a la Junta General, para que lo sancione, la solución de este problema que tanto ha venido preocupando a la Directiva. Recientemente se le ha ofrecido a ésta la oportunidad de alquilar, en la calle de los Reyes Católicos, el piso principal de la casa número 6, que creemos reúne las mejores condiciones para instalar en él la exposición permanente y estudio de trabajo, que propugna el Reglamento, y es la aspiración de todos. El arriendo importa 450 pesetas mensuales, y aunque la finca está alejada del centro, tiene la ventaja de hallarse enclavada en la ruta turística, de indudable interés, por los beneficios que puedan reportar a los expositores.

Pero se ha logrado más. La Asociación ha sido autorizada por la Dirección General de Bellas Artes, según lo comunica por oficio fecha 8 de Febrero corriente, para ocupar el salón existente en la Puerta del Sol, a los fines de instalar en él la Biblioteca y una Exposición de las obras que realicen los asociados. Al dar cuenta a la General de tan valiosa cesión, paten-
tizamos públicamente al Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes, la gratitud de «Estilo».

Biblioteca.—Haciendo uso de la autorización concedida por la Junta General el pasado año, y con el fin de ir formando nuestra Biblioteca, se han adquirido las notables obras: «Historia del Arte», de Pijoan (3 tomos) y «El Arte en España», que esperamos ir aumentando con otros títulos, y cuyos libros se hallan a disposición de cualquier asociado, hasta que sean definitivamente custodiados, en la Biblioteca destinada al efecto, en la sede social.

Homenajes.—Dos han sido los actos de esta índole que se han verificado. El primero en honor de nuestro Presidente D. Enrique Vera, con motivo de su elección para el cargo de Académico de la de Bellas Artes de San Fernando, y el segundo a D. Adoración Gómez Camarero, por su brillante campaña periodística en favor de Toledo.

Subvención de la Dirección General de Bellas Artes.—Debemos consignar, con el agradecimiento más profundo, que dicho alto organismo, decidido protector de cuanto supone un afán

artístico o cultural, ha subvencionado a la Asociación con la cantidad de 1.000 pesetas, para poder atender con más holgura al desarrollo de las actividades que le son peculiares.

Cena de hermandad.—Para festejar la fundación de «Estilo», se organizó una cena, en una típica venta toledana, que transcurrió por los más anchos cauces de la fraternidad, y puso de manifiesto el cariño que se profesa a la Asociación, por cuyo porvenir esplendoroso, formularon los asistentes sus más cálidos augurios.

Asociados.—Contamos en la actualidad con 185, de los cuales 16 residen fuera de Toledo. En el año que nos ocupa se ha registrado un apreciable aumento, debido al esfuerzo y entusiasmo de la Directiva y de muchos asociados que han incorporado nuevos miembros activos de gran relieve intelectual y artístico en la nación.

Situación económica.—No obstante los gastos de carácter obligatorio de edición de la Revista, Exposiciones, Concursos, auxiliar de Secretaría, material, premio de recaudación y otros que surgen en el año, el desenvolvimiento económico de la Asociación es bueno, merced a una escrupulosa administración y a las subvenciones oficiales que recibe, presentando en esta fecha un saldo favorable de 11.853,19 pesetas.

Cesión del Cine Imperio.—Merced a gestiones realizadas por miembros de la Directiva, cuenta la Asociación con este local de espectáculos, gratuita y gentilmente cedido por su propietario, para celebrar actos matutinos los domingos, cuya organización está en estudio y oportunamente se dará noticia a los asociados.

Para terminar, y después de agradecer nuevamente a los organismos oficiales y entidades particulares la valiosa ayuda prestada a la Asociación, felicitamos muy sinceramente a todos los asociados por su aportación artística e intelectual, cuyos triunfos destacamos en justicia.

No queremos cerrar esta Memoria sin dedicar un recuerdo a los asociados fallecidos, y a cuyas familias expresamos la condolencia de la Asociación.

El Secretario,

MARIANO GONZÁLEZ VILLALBA

Celebrada la Junta General Ordinaria el día 26 de Febrero, y cumpliendo lo estatuido en el Reglamento, se procedió a la renovación de cargos; celebrado éste, la nueva Junta Directiva de la Asociación de Artistas Toledanos "Estilo", quedó constituida de la siguiente forma:

Presidente.....	D. Enrique Vera Sales.
Vicepresidente....	» José Relanzón G. ^a Criado.
Secretario 1. ^o	» Mariano González Villalba.
» 2. ^o	» Pedro Quintanilla Otero.
Tesorero Contador.	» Pablo Gamarra Ramírez.
Vocales.....	» Cecilio Béjar Durante.
»	» Emiliano Castaños Fernández.
»	» Rufino Miranda Calvo.
»	» Mariano Moragón Miguel.

AYER Y HOY desea a la nueva Directiva grandes éxitos en sus funciones, que continúen la marcha ascendente de la Asociación.

TOLEDO EN EL ARTE

ITINERARIOS DE TOLEDO

I

Por GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo



Las horas que el tiempo turístico concede a Toledo, son harto escasas para una concepción clara de su arte y su modo de ser; no obstante, y por ello, queremos hacer alguna sugerencia para que el «viaje lanzadera» sea un poco más fructífero.

En general, las excursiones, en vez de obedecer y dejarse guiar, suben andando, y al llegar a Zocodover, discuten durante media hora sobre lo que hay que ver y en qué orden. El problema es algo así como descubrir la suma que ya Pitágoras la encontró hecha. Si la excursión no viene especializada y a un fin concreto, sólo tiene un doble conjunto que ver: la Catedral y el grupo de El Greco y del mudéjar (barrio judío), hasta San Juan de los Reyes. El orden más recomendable es, el grupo judío por la mañana, y la Catedral y el Alcázar por la tarde.

Suelen las excursiones llegar andando. De poder intervenir a tiempo, se procurará que lleguen a Zocodover en automóvil; es media hora para el que marcha, sin prisa de tiempo y sin fatiga, que hacen falta en el resto de la jornada. Si se quiere, la meditación del paisaje a la vuelta es más fácil y el ámbito se contempla con más plena conciencia, pudiéndose entonces saborear Santa Cruz, el Puente, San Servando... si la excursión es dominguera o festiva, en la que el tren da más holgura.

Queda en pie para un primer itinerario el camino a seguir. Nosotros proponemos que en lugar de hacer la ruta vulgar por la calle Ancha, Hombre de Palo, Trinidad, etc., se haga la siguiente desviación, cuyo desarrollo será objeto del presente artículo:

Calle de la Sillería: En el núm. 22, vemos una casa barroca avanzada, con balcón corrido del siglo XVIII, fachada pintada y fuerte almohadillado, batientes con la cruz en los tableros de las hojas. Frente al callejón de la Sillería, y por primera vez, podremos explicar la tendencia a los espacios limitados y los fuertes cartabones y ángulos rectos que forman las calles toledanas.

La Iglesia de San Nicolás, es un ejemplo del templo toledano que no proyecta su estructura al exterior. Su torre es mudéjar barroco muy avanzado.

La portada de la casa núm. 2 de la calle de Núñez de Arce, es típica del plateresco toledano, ejemplar más definido de portada toledana. Por la calle de los Alfileritos podremos recordar su tradición. La bajada al Cristo de la Luz, la más acusada vaguada del peñón toledano; el callejón de Moreto, recuerdo del dramaturgo que murió aquí; el Cubillo de San Vicente, primer ejemplar que se contempla de ábside del tipo románico.

En el Museo de San Vicente, para una primera visita, haremos fijar la atención en la pila mudéjar (siglo XIV), Asunción, del Greco (San Román y San Vicente), Dormición, de Castañeda, y la Custodia de Arte (Juan de). Intensificar más sería hacer un lío al turista.

A continuación, el Instituto, gran ejemplar del neoclásico, único edificio puro comenzado y terminado en un estilo; la Delegación de Hacienda, antiguo noviciado de los Jesuitas, gran mole de arquitectura civil que consigue tres fachadas.

Por Esteban Illán, dedicaremos un recuerdo a este personaje de la época de Alfonso VIII. En el patio del parque de Bomberos, veremos la mejor fachada mudéjar del siglo XIV, y en el salón de Mesa, el mejor artesonado mudéjar de Toledo.

San Clemente el Real, nos ofrecerá el ejemplo de máxima decoración en la portada, punto central del arte de Covarrubias; en contraste con ella, el trágico desnudo ornamental del resto de la fachada. La contemplación del paredón de San Pedro Mártir, nos dará ocasión para recordar lo que consideramos ley de la arquitectura toledana: la desproporción entre la grandeza interior del edificio con la imponente desnudez exterior. Siguiendo nuestro itinerario, podremos ver en el paredón alguna piedra romana y más abajo la segunda portada del convento, de un barroco muy avanzado, sin ningún ligamen orgánico con la anterior. Todos estos datos, más que detalles, unidos a lo recto de la calle, formando el trazo central de una hacha con sus afluentes, lo desnudo, sobrio y rústico de las paredes, darán la tónica ambiental más claramente que el estudio de las grandes obras de arte de Toledo, muchas de las cuales (la Custodia, por ejemplo), pudieron no ser de aquí.

Ante el Armiño, por el que pasaremos a continuación, podremos evocar lo que nos convenga de la vida de Doña Jerónima de las Cuevas, madre de Jorge Manuel, el hijo del Greco, si bien no es muy estético meterse en vidas ajenas, ocupación de decadentes; dentro, bajo el cobertizo de unos lavaderos, persisten los restos de las columnas de un gran patio, parecido al de San Pedro Mártir, aunque con madrazas.

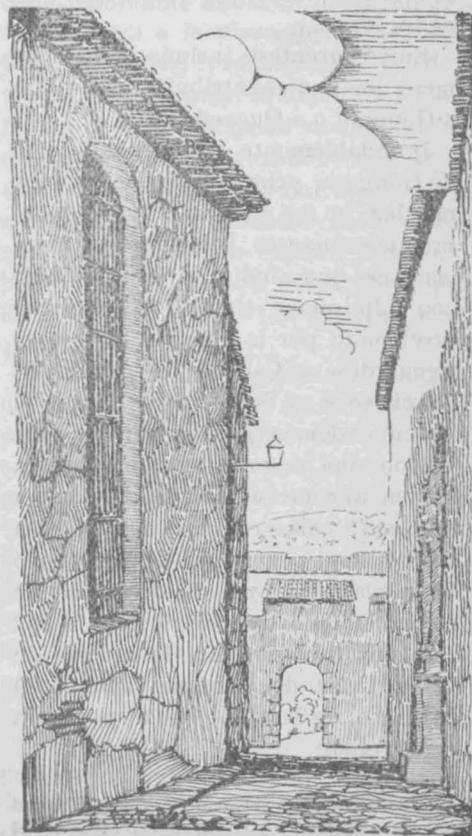
Seguiremos luego, dejando a un lado el cobertizo de San Pedro Mártir, y por calles cortadas en ángulo recto, llegaremos a la plaza de Valdecaleros, que a nuestro juicio, es la única gran plaza toledana, o por lo menos, la única que se encuentra en función de tal desde su origen, pues las demás son bifurcaciones o fueron originadas por casas derribadas

durante revoluciones (véanse el Parro y artículos del que suscribe). En esta plaza, el ámbito se manifiesta cerrado a poca distancia. Si miramos las calles afluentes, a excepción de una, todas nacen y mueren allí, articulándose en ángulos rectos. Esta es la verdad; más que esa vulgaridad de las «callejas laberínticas» y otras.

En un ángulo de la plaza, la casa número 4, con la entrada en codo y un arrabá en el patio, y continuaremos por la calle de Bodegonas, también en doble codo, típica calle moro hispánica, en la que sobre casas de traza mora, se alzan pisos carpinteriles en saledizo. Son una muestra toledana del espíritu gótico, aportes germánicos de la reconquista.

Salimos frente a la iglesia de Santo Tomé. Los contrafuertes de su cabecera gótica sin apoyo en el suelo y la torre más grande del Toledo mudéjar. La mayor antigüedad de su parte baja, lo denuncian los restos de piedras visigodas decoradas, empotradas en la pared, y la parte alta, de la época del ábside, reconocida por las columnas de cerámica.

Sabido es el itinerario al llegar a Santo Tomé y debemos procurar llegar antes de la una a San Juan de los Reyes, para emprender tranquilamente el regreso, para el que tendremos dos rutas: Si somos jóvenes, de puerta a puerta, por el paseo de Recaredo, o bien por la calle del Angel. Como sea, caminemos románticamente. Vale la pena inmergerse en la bruma del ayer con la evocación de un ámbito más artístico que el de hoy. Vale la pena la evocación romántica de un ayer que nos libere del presente tedioso de la era atómica.



(Dibujos de Camarero y Castaños)

SOBRE UNOS VERSOS DIFAMATORIOS CONTRA TOLEDO

POR CLEMENTE PALENCIA

Cronista Oficial de Toledo

Ha sido Toledo la ciudad que más elogios mereció, tanto a los escritores extranjeros como a los españoles. Buen ejemplo de ello son los testimonios de Berceo, Alfonso X, Garcilaso, Cervantes, Tirso de Molina, Dumas, Teófilo Gautier, Barrés, etc.; pero conviene siempre alejar la alabanza y poner los ojos en la nota difamatoria y áspera que no falta tampoco en la antología de nuestra ciudad.

Al terminar la «Historia de Toledo» (1862), su cronista, D. Antonio Martín Gamero, entre las ilustraciones y documentos, apartado XXXIV, página 1.097, publica un célebre soneto, del que reproducimos el primer cuarteto y último terceto:

Poca justicia, muchos alguaciles,
..... (1)
Seis caballeros y seiscientos dones,
Argenterías de linajes viles;

Jurados contra el pueblo conjurados;
Amigos, como el tiempo, de camino;
Las calles muladar... Esto es Toledo.

El original aparece como anónimo en la Colección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid. Su autor no quiso estampar su nombre, y quedó en la sombra humillante que se reserva para el hijo que carece de padre legal.

Entre paréntesis insinúa Martín Gamero que pudiera atribuirse esta pieza a Góngora o a Quevedo.

Indudablemente este soneto no es de Góngora; primero, porque, aunque mordaz, no fué nunca amigo de palabras malsonantes, y segundo, porque las veces que aludió a Toledo lo hizo con admiración sincera y como impresionado por la idea de la muerte (recuérdese su Canción al sepulcro de Garcilaso y su Soneto al sepulcro del Greco). Además, guardó siempre para Toledo una reserva sentimental, ya que en uno de sus monasterios había ingresado como religiosa Doña Luisa de Cardona, con la que el poeta tuvo breves amores, y a la que también dedica su tema necrológico con aquel romance titulado: «En la muerte de Doña Luisa de Cardona, monja en Santa Fe, de Toledo», que termina con estos versos:

(1) Omíttimos este segundo verso por la libertad con que está escrito y en razón al respeto que el lector nos merece.

«Suspende ¡oh caminante!
el paso diligente,
y cuando no admirado,
condolido, detente.
Memoria soy de un sol
que el Turia fué su oriente,
y su occidente el Tajo;
dilo de gente en gente.»

Tampoco, en la cuidadosa edición que hicieron los hermanos Millé, con un índice de poesías atribuidas a Góngora, que suma más de trece páginas, aparece el soneto a Toledo.

Por otra parte, no es de extrañar la opinión de Martín Gamero, pues ha sido frecuente atribuir a Góngora versos de Quevedo; así, la letrilla satírica número XII de la Musa Vª de Quevedo:

«Deseado he desde niño»,

aparece en algunas ediciones incorporada a las obras del poeta cordobés.

* * *

Descartando como autor a Góngora, pudiera atribuirse con más probabilidad a Quevedo, por encontrar cierta analogía de estilo con su Romance LXXIII:

«Cansado estoy de la corte
que tiene un breve confin;
buen cielo, malas ausencias;
poco amor, mucho alguacil...»
.....

El verso último coincide, por la construcción y por el léxico, con la primera línea del Soneto a Toledo:

«Poca justicia, muchos alguaciles.»

En su Romance LXXV, titulado: «Itinerario de Madrid a su Torre», nos ofrece Quevedo la estampa que sigue:

«Llegué a Toledo, y posé
contra la ley, y estatutos,
siendo poeta en mesón,
habiendo Casa de Nuncio.
Vi una Ciudad de puntillas
y fabricada en un huso
que si en ella bajo, ruedo;
y trepo en ella, si subo.
Vi el ARTIFICIO espetera,
pues en tantos cazos pudo,
mecer el agua Juanelo,
como si fuera en columpios.
Flamenco dicen que fué
y sorbedor de lo puro;

muy mal con el agua estaba
que en tal trabajo la puso.
Vi en procesión de Terceros
ensartado todo el vulgo,
y si yo comprara algo,
no hallara bueno ninguno.
En fin la Imperial Toledo
se ha vuelto por mudarrumbos
república de botargas,
en donde todos son justos.

En este romance se perfila más una intención satírica, una visión de caricatura. Hemos descendido mucho desde el Artificio de las altas ruedas de Garcilaso hasta el grotesco Artificio espetera, columpio de cazos; desde la peñascosa pesadumbre de Cervantes, hasta la ciudad que se levanta en puntillas como un huso. Los sentimientos de admiración, el decoro poético, el lenguaje contenido, van cediendo poco a poco, y se nos ofrece este espectro bilioso de maldad e ironía que pudiera denunciarnos a Quevedo como autor del irritante soneto.

A pesar de todos estos indicios, nos atrevemos a dudar también de Quevedo. Es probable que cualquier versificador de la época lo escribiese y que el vulgo cargase sus culpas—como viene haciendo con tantos chascarrillos innobles—sobre las espaldas del inmortal satírico.

Tampoco debemos olvidar un importante detalle. Quevedo firmó todo cuanto escribió; no hay de él, al menos, poesías anónimas, salvo ese monstruoso y bajo centón de chistes que el pueblo bajo suele atribuirle. Sostuvo la responsabilidad de sus escritos con todas sus consecuencias, aunque le provocasen la animadversión del Conde-Duque o le llevasen a la cárcel. No tenía que temer de una ciudad que había dejado de ser ya la capital de la nación, y solamente ofrecía entonces, como ahora, a todo el mundo las huellas de su glorioso pasado.

* * *

Es posible que la documentada Historia de Martín Gamero vuelva a editarse; de momento, ninguna otra puede sustituirla; despojándola de su tono declamatorio, de su fobia a Felipe II y de algunos errores cronológicos, puede ser hasta una obra definitiva. Pero por el prestigio y la gloria de Toledo, hemos de impedir que ese soneto vuelva a ver la luz pública.

ESTAMPA ANTIGUA

POR FRANCISCO AGUADO SÁNCHEZ

Antes de llegar a las aguas subidas que irrumpen en la ciudad, alzada con raíces de granito, hay una calzada que acompaña al Tajo. En el río, las aguas van paradas, lentas, no tienen prisa en llegar, porque por Toledo no pasa el tiempo.

El marcha quedo, despacioso, y, en lo brillante y pulimentado de su superficie, flúida y parduzca, los rayos del sol hacen rúbricas imperceptibles. Hay, a veces, la forma verde-oscura de algún árbol que se asoma desde la orilla. La vega es estrecha y magrosa. En la lejanía próxima, los alcores forman un escalón por el que se sube a la penillanura reseca y abierta. Todo está desnudo, como la verdad de nuestra hidalguía. Al río lo estrangula un plegamiento y él pasa amargado por el ojo de un puente asimétrico. Después, sus orillas son verticales.

Entonces, el camino deja al río y sube a la ciudad. El camino viene lleno de polvo calcinado, haciendo en su trazado curvas de voluptuosidad delicada. Ha cruzado las vides y barbechos rizados por la reja de un arado rudimentario, vetusto. Viene de cualquier parte: de los Batanes, de Argamasilla..., de un lugar cualquiera de los campos manchegos o castellanos. Sobre él empolvan sus vestidos los arrieros, los soldados, los pícaros, los cómicos de la legua.

A un lado del camino, la venta se alza suavemente sobre un altozano que pretende dominar el horizonte, mas la línea que cierra el paisaje ocre, desarbolado, está en el infinito. Las gargantas de los viajeros están secas y sus ojos cansados de mirar los yermos idealistas de la llanura. Entonces entran en la venta, con paredes enca-ladas y zaguán empedrado de guijos ovoides.

El porche se sostiene vagamente por una alfajía que soporta las endeblés y apollilladas vigas. La techumbre es débil y al aire se ofrecen las tejas medio rotas. El cielo es azul como un mar risueño y confiado, y el campo pobre, lo mismo que el erario de sus caminantes.

La venta es humilde; en los alrededores, hay un pozo con su brocal de adobes y ripios. La polea está enmohecida y chirría penosa cuando alguien tira de una cuerda de esparto, sin cocer, para sacar el agua en una

vasija abollada y llena de agujeros. El líquido es salobre, pero extingue el fuego que hay en las gargantas.

Dentro de la venta, existen hasta media docena de mesas de madera sin pintar. Sobre los tableros de algunas de ellas, la muchacha ha puesto los vasos de fregado metal blanquecino, la oblonga jarra de vino manchego, pálido, que pisaron los hombres de aquellos pueblos después de recolectar la uva dulzaina y un tanto blandengue; las tortas de masa leudada y cenecña; luego, los arrieros descansan, los soldados sueñan, los cómicos se distraen en insulso coloquio.

La moza, arremangada, con sus brazos amplios, lechosos, es dispuesta y hacendosa; ha ido a aquella soledad desde cualquier parte: de Avila, de Asturias... Ahora atiende a un caballero, que distrae su hambre en otra mesa; no hay nadie en su compañía. Observa a los recién llegados. Mientras los mira, acaricia su barba y disimula su pena. La fatalidad le persigue, pero hay un puesto prístino reservado para él en la posteridad. Acaso sea Miguel que viene de Alcalá o va hacia Toledo.

Tal vez vaya grabando en su magín aquel ambiente tan real. Después, cuando los arrieros han echado el cuartillo de cebada a sus mulos y el hogar se deja en abandono, los caminantes ponen sus cuerpos en las yacijas de paja remolida y sucia que el ventero ha distribuido sobre el suelo sinuoso. Fuera de la venta, sobre los olivos bronceados y los chaparros grisáceos, la noche está llena de estrellas fulgurantes y nítidas. Cada huésped va hilvanando sus proyectos, mientras el silencio comienza a reinar. Posiblemente algún pícaro se ocupe entonces en allegar su seducción a la moza, andando con audacia por entre los jergones que hay en el pavimento empedrado y llegue hasta la buhardilla donde ella duerma.

Al pasar de unas cuantas horas, cuando aún no ha empezado a nacer el alba, en los momentos del gallicinio, se reanuda la marcha, y la silueta achatada de la venta se va empequeñeciendo con despaciosas parsimonia. Todos se dirigen a Toledo, la ciudad milenaria, llena de historias pasadas y de promesas presentes. A través de su trajín andariego, van hablando de

sus cosas; mientras tanto, los efluvios rojizos, bermejos, del día que principia, empiezan a resbalar por sus cuerpos vagabundos o vagamundos y a tostar sus rostros enjutos. Acaso alguno de los caminantes sepa la verdadera historia de Aldonza Lorenzo y Alonso el Bueno, y entretenga lo fatigoso del andar con su relato.

Luego, por poniente, el horizonte se alza; hay unas colinas desplegadas; esparcidas por sus laderas y colocadas encima de sus vértices, se perciben, inmutables a los siglos, las reducidas casas de la ciudad donde Carlos de Yuste dirigió el Imperio más poderoso. La colina más elevada de todas, sirve de pedestal al Alcázar. En los viajeros se produce una emoción esperada durante días; en algunos, puede que sea primeriza; en otros, puede que signifique el final de su tráfago andariego. Todos miran hacia el perímetro de la ciudad, envuelta en alturas, porque quiere escaparse al cielo.

El río los acompaña y ahora se entretiene en hacer meandros; el lecho es horizontal y mullido; sus aguas quieren dormir, para llegar descansadas a lavar el granito grisáceo y cristalino que tiene la ciudad en sus cimientos. Allí están los afanes de cada caminante andarín; cruzarán el río, subirán a la plaza de los sopor-tales estrechos, prolongados, y entonces, los pícaros, fluctuarán a la buena de Dios, luciendo sus vestidos desempolvados y aguzando sus ingenios para pretender anular su inopia alimenticia. Los soldados, habránse reclutado con algún capitán famoso, para luego obedecerle en la batalla de Alcántara o en las guerras de Flandes.

Los arrieros, descargadas sus mulas, descansarán unos días de su travesía por el mar de terrazgos pedregosos y arcillosos. Los cómicos de la legua se ganarán el sustento representando cualquier pieza de las innumerables de nuestro genial teatro. Tal vez llegue, rendido luego, el hombre que conocía mejor que todos la grandeza de nuestra raza, y, desde aquí, parta para el pueblo donde amó a Doña Leonor de Cortinas.

No sé si he visto esto en alguna parte o lo he soñado; nosotros podemos vivir en la época que más nos conmueva, y yo hubiera querido existir en 1550, en 1580 o en 1600 y pico.

— DOS POEMAS —

DE JEAN COCTEAU

Trad. por F. ALLUÉ Y MORER

GRECO

¿Puedo yo, muerta rana del agua, hallarte fea,
semejante a las gentes del pintor de Toledo?
Así, la pata acuosa, dedos que nadie vea.

Nubarrones de lienzo y de electricidad
van construyendo casas, rocas de una ciudad.
Inventores del rayo, piden ayuda al miedo.

Muerta vista invertida. en plena integridad.

TUMBA DE DON JUAN

En España se adornan calles
como los palcos de la ópera.
¿Y esa bella desconocida?
Es la Muerte. Don Juan la adora.



BOLERO DE RAVEL

Pentagrama en azul. Clave de oro.
Música de caderas y de palmas,
de cabellos flotando, dando y dando
golpes al alabastro de la espalda.

Cielos de estrellas negras; revolera
con lentejuelas en «calé» enlutada.
Contracanto de grillos, grillos locos
en los pliegues febriles de la falda.

Desmayos de oropéndolas sin oro.
Apoteosis del clavel. Aladas
rosas forjando nidos en palmeras
que añoran las mezquitas africanas.

Salmodian las consejas agoreras
entre palmas y palmas, y entre palmas
se enreda un arco iris guarnecido
de pitos, castañuelas y campanas.

Grita la luz del sol en los collares
y enmudece en el polvo de la danza,
y en los ojos es dardo, y en las manos
es lirio, mármol, azucena y nácar.

Y danza la odalisca faraona
repartiendo tormentas en el alma,
repicando el tacón sobre el pellejo
del deseo y la tierra conjuntadas.

Turba la adolescencia de una estrella
un lucero gentil de gola blanca,
y espada de zafiros temblorosos,
y enrojece la estrella y se desmaya.

En su orbitaje, huérfano de luces,
se enreda el sortilegio de la danza.
Se hace un astro el bolero y por la altura
eternamente gira la gitana.

Los almendros del sendero

*Hubo una vez un raro jardinero
amante de las flores y el amor,
poeta de las plantas, trovador
de las rosas, los lirios y el romero.*

*Un día plantó al lado de un sendero
ciertos almendros, que temprana flor
cuajaban en sus ramas, con candor
de nieve dulce en áspero Febrero.*

*Fue tildada de estéril su labor,
pues nunca fruto dieron tales flores
porque son arrancadas prematuras
por manos femeninas; un ardor
de acaso prematuros sinsabores
anhela siempre aquellas flores puras,
que siendo cada año las primeras,
son cual un despertar de primaveras.*

—La blanca flor de almendro os entristece.
¿Por qué, preciosa niña, ese dolor?
—Es largo de contar.

—¿Acaso amor?

—Amor es el motivo.

—¿Y os ofrece

*tanta consternación que hasta oscurece
la clara luz y el limpio resplandor
de vuestros ojos esa ingenua flor,
soplo de primavera que florece?*

—Nostalgia de otras flores arrancadas
siento en mi corazón al contemplarlas;
corolas y promesas marchitadas
al olvido del tiempo vi aventarlas...
La flor uní a palabras que mintieron
y ni almedro ni amor su fruto dieron

ANTONIO DELGADO

JERÓNIMO GARRIDO

ETERNIDAD

Era la tarde del otoño alegre,
serena, pura, luminosa y clara,
que invitaba a gozar la paz del campo
en serena quietud, mecida el alma
en efluvios de luz y de armonía
del susurro cordial, suave, que emana
(rumor de nueva vida)
de ese mundo incruento de las plantas.
Desde el curvo sendero en la ladera,
el verde y amplio valle dominaba
de viñedos cubierto, bella alfombra,
que caprichosas lindes recortaban
en variados tapices,
de policromos tonos esmeralda;
y el mechoncito oscuro del oliivo
de simétricas líneas moteaba.
Y en el centro, cercada de cañares,
la mancha de la huerta, verde clara,
con el reloj oscuro de la noria,
y en dibujos minúsculos miniada.
En lento caminar llegué hasta ella,
y el hortelano, en la mano la azada,
vino a mi encuentro, y en cordial saludo,
me dijo unas palabras,
y el cigarro parlero
dió tema a nuestra charla,
descansando en el borde de la alberca
al susurro del agua...
¡Oh! ¡Cómo se acarician y comprenden,
cómo se compenetran y se aman
en la silente majestad del campo,
dos almas solitarias!
Me habló de su pasado y su presente,
de su gozosa infancia,
de su padre que en vida con afanes
aquel terruño amado le creara...
y con sudor copioso,
de su fornido cuerpo, fecundara.
Y en el ardor fogoso de su acento
y cálidas palabras,
se advertía el amor del hijo bueno
que llenaba su alma,
que aún llevaba vibrante en sus oídos,
como eco de la suya, su voz clara;
y aún veía por aquellos senderos,
huellas de sus pisadas...

* * *

Entre tanto, la noria volteaba
en rodar incesante el borriquillo;
los arcaduces lentos ascendían
en compasado ritmo.
Mi pensamiento en vuelo se mecía
ausente, en los espacios infinitos...
y en ellos contemplaba
la rueda gigantesca de los siglos:
el arcaduz humano que ascendía
de nueva savia henchido,
y al llegar a la cumbre se volcaba
en torrente de vida. Y ya vacío,
sumergiéndose suave, grave y lento,
en la sima insondable del olvido.

«PEDRO ROJAS»

*CUANDO empezó mi vida, Tú estabas junto
a mí, callado, atento a mis pasitos, con una
gran esperanza en tus ojos buenos.*

Pero yo no te sentía.

*Allí, ante mi avidez, diferentes caminos
indecisos y atrayentes tiraban de mí con su
invitación lejana. Y yo, al pie, sedienta, en
las manos -el tesoro que me diste, era la
muda indecisión.*

*Y no es que mi tesoro pesase —¡oh, no!—
Su liviandad era un halago deliciosamente
soportable, como una gran fruta roja y
misteriosa, henchida de secretos: mi juven-
tud. El milagro de un tiempo sin estrenar,
lleno de posibilidades.*

*Si vacilaba, era porque a mi alrededor
todo invitaba a un sensual abandono de
músculos relajados. Suaves colores, suave
música, y una mano..., cálida y acariciado-
ra como el sol, tendida a mí.*

*Hubiese sido fácil dejarse ir. Tú lo sabes.
Como un barco pequeño, abandonado a la
corriente del río, con cañas de bambú y
apacibles remansos en las orillas.*

*Yo no lo hice y ahora me alegra. Ahora
que mi riqueza va mediada y veo florecer
su fruto a mi alrededor.*

*Ya he aprendido a que aquel camino ob-
sequioso, es siempre un avaro de mi vida.
¡Ah!, él quería desgastarla y sorberla, de-
jándome al final las manos vacías, expec-
tantes aún...*

*Pero Tú te apiadaste y viniste hacia mí.
Con mudo gesto indulgente y paternal, me
indicaste el leño rugoso de buena madera,
presto a ser tallado, y pusiste a mi alcance
todo lo preciso para mi obra.*

*Por eso —y por tu mirada— me decidí a
luchar contra corriente, apartando de una
vez lo fácil y cómodo a través de pequeños
obstáculos, punzantes ¡tan molestos!*

*Me decidí por la fatiga y el esfuerzo, y
ahora que va medida mi riqueza, estoy ale-
gre como un ave que conoce su destino. Una
avecilla de plumas leves y huecas que vuela,
vuela.*

*Esto me ha enseñado a no desperdigar
mis horas, deshilachadas, sin una proyec-
ción. Todas ellas son una y responden a un
mismo afán. Yo me proyecto en Ti y siento
la unidad de mi vida joven.*

*Tu esperanza se ha cumplido, pues ahí
ves, que del madero amargo que recibí, va
surgiendo, esplendente, un hombre nuevo
semejante a Dios.*

MARÍA PAZ PUERTAS

MANCHAS DE COLOR

MEZQUITA DEL CRISTO DE LA LUZ

SU HISTORIA Y SU LEYENDA

SU HISTORIA

Ya en tiempo de los godos, y en el reinado de Atanagildo, existió en este mismo sitio una modesta ermita llamada del Cristo de la Luz.

Fué reconstruida en el año 980; y en el siglo XI, por mandato del Arzobispo don Bernardo, se restauró casi por completo.

Por su importancia arquitectónica y de estilo, ha sido parangonada esta mezquita con la de Córdoba, ya que la estructura de sus elementos pertenecen a la escuela cordobesa, pregónándolo así las nueve cúpulas, sostenidas por doce arcos de herradura, en sus tres naves, cortadas por otras tres, y todos los motivos decorativos que la exornan, como son sus arcos lobulados, sus columnas cortas y gruesas sin basas, de toscos capiteles, todos diferentes en el dibujo, apreciándose notablemente la influencia bizantina, siendo, en suma, uno de los más puros ejemplares que existen de la arquitectura árabe en su primer período.

Esta es la historia de la mezquita del Cristo de la Luz.

SU LEYENDA

En aquellos tiempos pretéritos, cuando la raza israelita, enemiga siempre de la religión cristiana, moraba en nuestra ciudad, sucedió que...

SAMUEL.—Mucho madrugáis, hermano Abisain... ¿Acaso vuestros negocios os han desvelado...?

ABISAIN.—Hermano Samuel, mis negocios materiales no me han desvelado, y Jehová merece todas mis alabanzas por ello, pero es el caso, que estos perros cristianos, cada día tienen mayor devoción por...

SAMUEL.—¡Chissss... silencio, hermano Abisain, que un grupo de ellos hacia aquí viene, en dirección a la ermita del Cristo de la Luz, según se da a entender...!

ABISAIN.—¡Ya pasaron! Como os iba diciendo, los aborrezco con toda mi alma, hasta el punto de que estoy decidido a darles un ejemplar escarmiento...

SAMUEL.—¡Guardaos mucho de hacledes algún mal, que tarde o temprano os descubrirían, y sus leyes son inexorables...!

ABISAIN.—Mi astucia burlará su fe, cuando las realidades se impongan.

SAMUEL.—Os dejo, y os doy el parabién por la prosperidad de vuestros negocios y que el Dios de Israel os guarde.

ABISAIN.—¡Id con El, hermano Samuel!

Apenas se separan los dos judíos, Abisain se dirige a la ermita del Cristo de la Luz, y entra en ella confundido entre los cristianos.

Fervorosamente van besando los pies a la imagen del Redentor, que en un ángulo del templo, en la penumbra discreta, se muestra crucificado.

Solapadamente Abisain, que también a



la imagen reverencioso se acerca, mira a un lado y a otro, y cerciorado de que nadie le observa, saca de entre los pliegues de su tabardo un veneno, con el cual impregna los sacratísimos pies del Salvador.

ABISAIN.—¡Ahora ya está satisfecho mi rencor...! Este veneno activo, causará la muerte de los que vengan a besar los pies de este impostor...

Avanza la mañana, y el sol pone suaves celajes de luz en los muros de la ermita. Aún no han terminado los fieles de venir a adorar a su Dios.

Una mujer anciana, caminando penosamente, traspone los umbrales del templo, y después de hacer la señal de la cruz, se va hacia el sitio donde la imagen de Cristo, con los brazos abiertos, espera siempre al pecador...

Se arrodilla con mucho trabajo, eleva su corazón al cielo y sus labios tiemblan al musitar una oración...

En esta actitud permanece algún tiempo, y, antes de marcharse, quiere ofrendar con un beso en los pies del Redentor su divina agonía...; pero en el momento de inclinar su cabeza sobre los sagrados pies, sus ojos ven con estupor lo que su conocimiento no acierta a definir...

Queda en aquel instante paralizada; mas recobrándose...

ANCIANA.....—(Con un grito desgarrador). ¡Milagro! ¡Un milagro...!

Los fieles acuden a la anciana, creyéndola víctima de alguna alucinación.

UN HOMBRE.—¿Qué os sucede, buena anciana?

OTRO HOMBRE.—¿Os sentís mal?

ANCIANA.....—¡Milagro! ¡Un milagro!

OTRO HOMBRE.—¡Vamos, calmaos y decidnos qué os pasa, buena mujer...!

ANCIANA.....—¿Es que tenéis ojos y no veís?

UN HOMBRE....—¡Explicaos...!

ANCIANA.....—¡Mirad al Santísimo Cristo con un pie desclavado de la Cruz!

Efectivamente, cuantos en la ermita están, contemplan la imagen del Crucificado con un pie desclavado del madero.

El asombro de todos es indescriptible. No pueden explicarse la causa de aquel prodigio, y sólo cuando han recobrado la calma y sus razones se aclaran...

UN HOMBRE....—¡El pie desclavado está negro...!

OTRO HOMBRE....—¡Y tiene veneno...!

OTRO HOMBRE.—¡Ya está explicado el milagro! Algún enemigo de nuestra religión, con la perversa intención de enfriar nuestra fe, ha puesto veneno en los pies del Cristo, pues sabe que a diario son besados por muchos fieles; pero El, que vela por nosotros, sobrenaturalmente ha torcido la malvada acción de su enemigo..., y con ésto ha avivado más nuestra devoción...

El judío Abisain, al ver fallados sus planes, escapa jadeante cuesta arriba, maldiciendo a los cristianos, pero jurando al mismo tiempo tomar horrible venganza..., la cual estuvo meditando todo el día.

Apenas empezó a obscurecer, envuelto en una amplia capa, camina hacia la ermita del Cristo de la Luz.

Con paso firme y decidido penetra en el templo, y allí, con fría calma, espera a que salgan los últimos fieles...

Cuando la iglesia queda solitaria, la furia de Satán invade su mezquina alma...

Se acerca a la Sagrada imagen, que aún conserva el pie desclavado, y la apostrofa con groseras palabras, llenándola de vituperios y blasfemias, arrojando saliva a la faz cadavérica, pero resignada del Redentor.

Entonces, en el colmo del frenesí demoníaco que se había apoderado de todo su ser, empuña un dardo y, ciego de coraje y rabia, lo clava en la imagen...

Un pavoroso lamento ultraterreno es sólo escuchado por el deicida Abisain, que cada vez más perdida su razón, y ya en plena locura, arranca del muro la imagen, y ocultándola entre su capa sale a la calle con ella, y cuesta arriba camina por donde hoy son las Tendillas y San Román, hasta que llega a la plaza de Valdecaleros. Penetra en su casa, se dirige al corral y en un estercolero la entierra...

A la mañana siguiente, como el milagro se había cundido por todo Toledo, mayor fué el número de curiosos que acudieron a presenciar el prodigio...

Absortos quedan cuando ven que de la pared ha desaparecido el Cristo, sin saber a qué obedecía este hecho, aunque pre-

sintiendo algo extraordinario por lo ocurrido en la mañana del día anterior.

Buscando algún indicio que pueda explicarles lo que sucede, pronto encuentran en el suelo manchas de sangre, que continúan hasta fuera de la ermita.

Ya en la calle, son más patentes las huellas, y el pueblo, emocionado, sigue el reguero, por la misma ruta que llevó el judío, hasta llegar a su casa, penetrando en el corral.

De nuevo, su sorpresa no tiene límites al contemplar un halo de luz que rodea el estercolero.

Decididos buscan, y allí, enterrado por Abisain, encuentran la imagen de Cristo, herida y sangrante.

Entonces, con natural indignación, se apoderan de Abisain, que es apedreado, pagando de esta manera su horrible crimen.

.....
 Cuando Toledo se rindió a las huestes musulmanas de Tarik, teniendo que de nuevo fuera escarnecida la milagrosa imagen, la colocaron los cristianos empotrada en un muro de la ermita con una lamparilla.

.....
 El 25 de Mayo de 1085, hace su entrada triunfal en Toledo Alfonso VI y el ejército cristiano, con la santa enseña de la Cruz y el invicto pendón de Castilla.

Pasa el Rey castellano por la puerta de Visagra Vieja, testigo mudo presidencial del heroísmo, de la fidelidad y de la constancia de aquellos nobles guerreros, que nos legaron esta Patria henchida de gloria.

Avanzan por Santiago del Arrabal. Los corceles piafan al subir la empinada cuesta, camino del Alcázar.

Llegan a la ermita del Cristo de la Luz, convertida en mezquita por los árabes.

El caballo del Rey se arrodilla, y Babieca, el de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador y primer Alcaide de Toledo, hace lo mismo.

Todos intentan levantar los caballos; empeño inútil. Aquéllo es un aviso del cielo, a lo cual asiente Don Bernardo, confesor del Rey, que con ellos iba.

Se ordena hacer un minucioso reconocimiento en el suelo y en los muros, cuyo resultado fué el encontrar en un nicho la imagen de Jesús crucificado, ahumada por la luz de una lamparilla que ardió durante los treientos setenta años que duró la dominación árabe en Toledo.

Ante este prodigio, el Rey manda que se purifique la mezquita, y después de entonar el ejército un fervoroso *Tedeum*, celebra Don Bernardo la primera misa en acción de gracias, sobre el escudo de Alfonso, por no haber altar.

Una vez terminado el Santo Sacrificio, el Monarca se postra de rodillas ante la Sagrada imagen, y con voz firme...

—¡Señor Todopoderoso! Vuestras son mis victorias, vuestros son mis triunfos y vuestras son mis armas...

Y a Cristo crucificado ofrenda su espada y su escudo.

En memoria de tan fausto acontecimiento, y para testimoniarlo a las generaciones venideras, se colocó una piedra blanca en el mismo lugar en que se arrodillaron los caballos de Alfonso VI y del Cid.

Varias veces intentaron los árabes arrancar esta piedra, pero siempre, providencialmente, algo les impedía realizar su taimada acción; y así ha llegado hasta nuestros días, destacando su blancura de entre los demás guijarros, siendo pregonera de esta piadosa tradición.

La imagen, de pequeñas proporciones, ennegrecida por el humo de lámpara, se encuentra en la parroquia de San Nicolás.

PABLO GAMARRA

FALLA

(MAS DIVAGACIONES...)

Sigo atreviéndome; y no sé si debiera pedir perdón a los lectores primero, a todos los musicólogos después, e incluso a los cajistas, porque también a ellos les hago trabajar un poco en tonto.

Pero es el caso que voy a escribir otra vez, ya que no de música, si de un músico. Y... veremos lo que sale.

Quiero decir, que será una opinión completamente personal, aunque quizá otros coincidan conmigo sin yo saberlo.

Hace ya tiempo que murió Manuel de Falla. Sin embargo, cuando por el altavoz del aparato casero, o en la penumbra de la sala de conciertos, vibran las notas de sus obras, parece surgir ante mi vista la figurilla enteca del músico andaluz.

Falla ha vencido, o mejor, adaptado a su temperamento, todo el sentimiento de una raza.

Su Andalucía no es la alegre y jaranera de Albéniz, ni la un poco compleja y amarga de Granados. Está espiritualizada por una corriente de austeridad que parece surgir del mismo compositor, adhiriéndose a cada sonido. Y así, poco a poco, un cincel invisible va esculpiendo en el aire el más completo y auténtico retrato del maestro.

Las pasiones que palpitan en sus obras viven estilizadas; destilan todo el recóndito y apasionado misterio de la gitanería granadina, con su grandeza renqueante, su humanidad, sus contrastes de sinceridad y astucia. Pero todo ello está limpio, vaciado por un escalpelo de energía.

Y mientras, quedan flotando sobre las aguas del Generalife, como vergonzosas sombras, lo mezquino, lo innoble, lo cobarde, para ir a precipitarse en los rodaderos del Albaicín...

El encanto de la ciudad de la Alhambra se prende también en los compases del gaditano. Mas es la Granada mística de Fray Luis, que ha recogido la influencia moruna para transformarla en un derroche de hechizos y poesía, de apasionados y melancólicos éxtasis al servicio de la más alta causa.

Porque ¿no es verdad que Falla, como hombre y como músico, tiene algo de asceta?

No es autor de exuberantes bailes orientales, sino de danzas inflamadas en tonos doloridos.

Tienen un colorismo inquietante y profundo. Es el alma de Castilla andariego («¡Retablo de Maese Pedro!...») que se asoma a los ojos de Andalucía en la música de Falla, como antes se vertió en la pintura de Zuloaga o en los versos de Antonio Machado.

JOSÉ LUIS PÉREZ DE AYALA

Acontecimientos de AYER

Febrero del año 1541

El Emperador Carlos V concede permiso al Cardenal Don Juan Pardo y Tavera para fundar un hospital.

«Diego de Guzmán me dijo lo del hospital que queréis edificar cerca de la Puerta de Visagra de Toledo y doctorarle. He holgado mucho de que queráis hacer tan buena cosa y en que tanto se podrá Nuestro Señor servir. El sitio me parece bueno, y así con su bendición podéis hacer empezar las obras.»

Así reza el permiso que Carlos V concedió a su privado el Cardenal Arzobispo Don Juan Pardo y Tavera, desde Spira, para construir este edificio pre-escurialense, empezando a mediados del siglo XVI, según los planos del sacerdote y arquitecto Bartolomé de Bustamante, quien dirigió la fábrica hasta el año 1549, continuando Hernán González Lara y luego los Vergara, padre e hijo, que alteraron el proyecto primitivo de Bustamante.

RAMÍREZ DE DIEZMA

MÁS SOBRE LA CULTURA

UN MEDIO: LA REFLEXION

Tanto ensayistas como filósofos, encanecidos en la investigación, aunque apunten otros medios accidentales perfiladores de la cultura, reducen a tres los que de hecho constituyen el armazón sólido de este elemento tan indispensable para pensar con acierto y vivir en rectitud: la reflexión, el arte y la mística.

El hombre se define por el pensamiento, que radica en el alma, y nos diferencia de los seres inferiores, que se mueven merced al impulso instintivo, sin razonar las determinaciones. Puede suceder «que se nos refiera un suceso, pero escuchamos la narración con atención floja; intercalamos mil observaciones o preguntas, manoseando o mirando objetos que nos distraen, de lo que resulta que se nos escapan circunstancias interesantes, que se nos pasan por alto cosas esenciales y que al tratar de contarle a otro o meditarle nosotros mismos para formar juicio, se nos presenta el hecho desfigurado, incompleto, y así caemos en errores que no proceden de falta de capacidad, sino de no haber prestado al narrador la atención debida».

Semejante estado hace que disimulemos prácticamente la importancia de las cosas y nos resta la aplicación del ánimo a aquello de que se trata. Lógicamente, al formar nuestro criterio, caemos por necesidad en lo superficial, en la ligereza y pedetentim; viene la inexactitud o abordamos en la falsedad.

El hombre tiene que poner en juego todas sus fuerzas y reservas espirituales para redondear sus ideas, y nada es más opuesto a ello que la distracción, que nos impide concentrarnos en un objetivo para analizarlo y comprenderlo.

Todo instruye. «No hay lectura, no hay conversación, no hay espectáculo, por insignificantes que parezcan, que no nos puedan instruir algo. Con la atención, notamos las preciosidades y las recogemos...; de otra forma, dejamos quizá caer al suelo el oro y las perlas como cosa baladí.»

La misma atención, tan bellamente tratada por Balmes en su «Criterio», resulta incompleta. Esta cualidad nos pone en contacto con lo exterior, pero prescinde de lo interior, de lo esencial, de lo profundo. Pudiéramos decir que la atención nivela los terrenos para que el alma construya el edificio, la inteligencia lo ensamble y los sentidos le decoren.

La auténtica elaboradora de la cultura es la reflexión, que nos permite digerir y asimilar estos alimentos y sustancias recogidas de distintos puntos y que convertimos en vida propia por la función reflexiva del organismo intelectual.

ES NECESARIO REFLEXIONAR SOBRE LA REFLEXION

No nos referimos a aquella reflexión, «fijeza de espíritu con que esta se clava, sobre los objetos, sino de una aplicación suave, reposada..., que permite hacerse cargo de cada cosa, dejándonos con la agilidad necesaria para pasar sin esfuerzo de una ocupación a otra.» La obsesión, aunque sea en sus inicios, regulada por motivos ponderados, llega a ensimismar y desequilibra la capacidad de síntesis y de construcción.

Queremos analizar la verdadera reflexión. Me parece, y he leído muchos libros sobre este fundamental asunto,

que no siempre se ha dado a esta palabra la valoración correspondiente. ¡Reflexiona!, dice la madre a sus niños; el maestro a sus alumnos, el sabio a sus discípulos y admiradores. Lo repite el rincón soleado por la policromía de una vidriera gótica y el lugar sombreado por una alfombra verde, ribeteada de festón de perlas del rocío primaveral. Es el eterno diálogo de los objetos que nos rodean, con el yo de nuestra personalidad.

A pesar de que sea un interrogante subyacente en la superficie de las cosas, *no se ha reflexionado suficientemente sobre la reflexión.*

Reflexionar es, en primer lugar, percibir alguna cosa, como un problema que se plantea; después, hallar una solución para el problema; finalmente, verificarle, cerciorarnos plenamente, conocerle en su anchura y profundidad, siempre de acuerdo y en relación con los hechos.

Otras veces, reflexionar es experimentar cierto asombro; es descubrir lo que aún queda de misterio en los asuntos y cuestiones que creíamos saber.

El punto de partida de la reflexión no es necesariamente una duda. Sí... cierta extrañeza que deslumbra al chocar el pensamiento con la realidad. Es, en definitiva, una inadecuación que de repente aparece y crea el problema. Cuando nuestras facultades, aunque radicalmente gocen de capacidad para comprender el objeto, sometidas al ejercicio y estudio, no encuadran de hecho una verdad, nace una preocupación curiosa que busca los medios de penetrar el misterio y de desentrañar sus principios.

La realidad es que el problema no existe en sí de una manera consciente; más bien es el individuo quien lo siente por la agilidad de sus facultades.

Esta reacción es ya claro indicio de cultura, de conocimientos y de capacidad positiva y actuante. Lo demuestra el hecho de que los salvajes que habitan las tierras vírgenes, carecen de este poder de «asombrarse». Así, delante de los descubrimientos más grandiosos de Europa y América, las gentes de África y las mismas razas aún salvajes del Mundo Nuevo, se contentan con decir: «es un truco de los blancos». Y pasan adelante sin ahondar más en ello ni darse por aludidos. No reflexionan. Porque todos los que reflexionan se proponen a cada instante nuevas preguntas, puntos de vista nuevos. Por desgracia, *la sociedad culta* de hoy, con mucha frecuencia tampoco siente problemas. No me atrevería a decir que es incapaz de pensar por sí misma; pero sí a afirmar que al crear a los hombres tantas y tan absorbentes complicaciones, ellos rehuyen con lógica de descarga a dejarse atenazar por otros nuevos. No hay tiempo para pensar. Y es lamentable y triste que en vez de gastar la vida en rendir, veamos con pena que los individuos buscan reflexivamente la distracción y el no pensar sobre la vida, porque «obruimur negotiis». Triste legado del siglo XX.

TRES MOMENTOS O FASES

Sin embargo, el espíritu debe calar más hondo y rebasar los aledaños del asombro. Ha de intentar, para cada cuestión suscitada, una solución o concebir un medio para resolver la incógnita. Aquí interviene la imaginación creadora, el don de la invención, el espíritu de síntesis de que nos

hablan los Manualitos, tan de moda, de Filosofía; pero hemos de recalcar que lo más importante es la reflexión. Consideremos como una enfermedad en los no civilizados el no encontrar, en su espíritu estrechado y atrofiado por la falta de ejercicio, lo que es necesario para solucionar el asunto conforme a los datos conocidos.

Analicemos un hecho. No escasean por desgracia, en nuestras latitudes, las gentes que carecen de la más elemental instrucción. Les son familiares las escenas y cuestiones del campo. El hecho de vivir en un ambiente cultivado, hace que ellos interpreten a su manera, y al menos con interrogaciones y exclamaciones de estupefacción, nos hablen de un grabado en colores. El ambiente despierta algo, aunque no capacita para dar soluciones. Admiran, pero no analizan; dan por bien hecho lo que los demás dicen, y por esta insuficiencia corremos el peligro de ser enrolados en el mal, en los sistemas disolventes, etc. Si los individuos analizaran los hechos, podríamos formar conciencia religiosa, social, política...; pero como esto no existe, se impone la fuerza persuasiva de la promesa, de la rebeldía, de las revoluciones...

Es necesario cerciorarnos de que la solución imaginada corresponda, punto por punto, a los hechos constatados; de si ella contiene el remedio al problema sin desorbitarle, sin deformarle, sin estrecharle.

La verdad se define «adaequatio rei et intellectus», que viene a ser la correspondencia justa entre el objeto conocido y la inteligencia que conoce.

ALGUNOS EJEMPLOS

Una madre enseña a leer a su niño. Ella se esmera en convencerle que unas rayas negras sobre un fondo blanco, crean un problema que significa una cosa determinada. El niño, al principio, no es capaz de inventar qué significa. A las preguntas de la madre: ¿es una A o una B?, el niño responderá imaginándose, mentalmente, tal letra, y se apresta a reproducirla sobre el fondo blanco. Una vez que se da cuenta, nota que el dibujo no responde a lo que piensa y descarta tal letra. Repasando todo el alfabeto, llega un momento en que coincide la mente con el dibujo; nota la correspondencia perfecta y se siente feliz en el descubrimiento. Tres momentos de la reflexión. La madre propone, el hijo se imagina, finalmente encuentra que el grafismo responde a lo imaginado, acierta.

Una lámpara colgante en Pisa, descubre la ley del péndulo con Galileo. La reflexión actúa... Todos lo veían; uno reacciona... Newton ha encontrado la ley de la gravitación universal. Ha visto caer del árbol una manzana. Razona. Se crea un problema. Millones de hombres lo habían advertido, pero ninguno hasta él fué capaz de afectarse intelectualmente por la fuerza del asombro del fruto que cae. Su imaginación creadora supone, a propósito de este hecho banal, la existencia de una ley general, reguladora de la atracción de los cuerpos. Sigue el análisis, el control del hecho. Concluye con un principio de ciencia. Por las relaciones que observa entre la caída de una manzana y los movimientos de los astros, se verifica la gravitación universal.

Estamos en presencia de un alumno de carácter enigmático. El profesor, inquieto y preocupado por su aspecto, se pregunta qué haya en el fondo de este muchacho... Un buen día, en la clase, sorprende un gesto tal vez vulgar y muy corriente, y en seguida la simpatía afectiva apunta una solución. Luego la verifica, reforma y completa rela-

cionando aquel gesto con otros muchos. Ha reflexionado.

Un hecho de carácter político.—Vemos que se resuelven los asuntos ilógicamente; estudiamos a fondo las determinaciones haciendo exégesis de personas y circunstancias; nos asombra que tales personas permitan y realicen tales absurdos. Sorprendemos ciertos detalles de cambios de posición, de vestidos, de ambiente, de tono de vida... Reflexionamos, y queda todo explicado. Podemos afirmar que en todas las latitudes y en todos los géneros del saber interviene la reflexión. Es el acto fundamental subyacente en todo esfuerzo que hace el espíritu humano para conocer.

LA OBSERVACION FECUNDA ES AQUELLA QUE REFLEXIONA

En el título queda indicada la razón por la que no damos puesto especial a la observación como medio de cultura. La verdadera observación es la reflexión en el sentido que la hemos definido. Para ver bien, no es necesario despojarse de toda experiencia anterior. Sino arrancarle la respuesta. Someterse a los hechos no consiste en mantenerse pasivo delante de los hechos pretendiendo recibirlo todo de ellos. Urge el someter a la verificación de los hechos la idea que hemos formado por las experiencias anteriores y las reflexiones. Cuando ignoramos lo que buscamos, tenemos que desconocer lo que encontramos. Podríamos decir que es la fórmula de los tiempos presentes. Los grandes observadores tienen siempre un pensamiento en reserva en su cabeza, como decía Pascal. La verdadera aptitud científica no consiste en renunciar a observar, ni en prejuzgar, sino en entender la respuesta del hecho observado, y estar pronto, una vez recibida la respuesta, a modificar a cada instante la cuestión y la hipótesis que allí se incluyen más o menos visiblemente.

De esta forma, la verdadera observación es reflexión, porque ella pregunta, encuentra y verifica.

No hay, dice Bergson, «dos categorías de investigadores, de los cuales unos se reduzcan a obreros manuales y los otros tengan por misión inventar. La invención debe extenderse por todas partes, tanto en las modestas experiencias como en las más humildes investigaciones. Donde no hay pensamientos originales ni personales, no hay ciencia.»

La época moderna tiene poco de originalidad. Por ello se inspira en el pasado, y no precisamente porque en él haya ideas colosales que, modernizadas, darían juego, sino porque el hombre siente la impotencia creadora en su entraña.

Los hombres del pasado fueron grandes porque vivieron para su siglo. Es un absurdo la postura de muchos que, o quieren vivir para el ochocientos, o pretenden descubrir ya el año dos mil. La reflexión nos enseña a escoger los grandes principios del pasado y, remozados con las exigencias, a darles vigencia y actualidad. Napoleón resultaría hoy atrasado y los hombres del año dos mil extraños.

Por eso, la observación arrastra del pasado lo bueno. Nos dice la reacción buena y mala de las ideas, la afinidad de ambientes... es, en una palabra, madre y maestra. Reflexionemos... y vivamos para el siglo veinte con la eterna substancia de nuestra fe y de nuestra historia, que era reflexionar a través del bien de la Patria y del amor a Dios...

JOSÉ MARÍA MANSILLA
Profesor del Seminario de Toledo

YO HE IDO DE MERIENDA

(CUENTO)

Mi amigo Pepe y yo nos conocíamos de toda la vida y siempre nos habíamos llevado muy bien. No podía (ni puedo, a pesar de todo), sospecharle mala voluntad hacia mí. Por eso, cuando me dijo que unas amigas suyas, a quienes yo conocía muy superficialmente, nos invitaban a merendar en casa de una de ellas, no recelé nada malo. Al parecer, las susodichas, tras largos meses de oscura y tenaz preparación en la cocina, habían conseguido una rara perfección en el arte de elaborar buñuelos y nos querían hacer una exhibición.

Acepté, a pesar de que mi experiencia en materia de merendolas, reuniones y demás fenómenos de la vida de sociedad era limitadísima, porque los buñuelos me atraen (bueno, me atraían) poderosamente desde que era así de alto.

Nos salieron a abrir las niñas en persona, cuidadosamente caracterizadas de cocineras, a base de unos delantales de plexiglás venenosos, con unas flores rojas epilépticas, y del uso inmoderado de masa de buñuelo caprichosamente repartida por sus vestidos, exceptuando, naturalmente, los delantales en cuestión, que debían ser nuevos. Una de ellas, en un alarde enternecedor, sepultaba uno de sus ojos bajo un artístico pegote de masa cruda.

Tras ellas, salió un perro, sencillamente asqueroso, de raza indefinible, que nos olisqueó severamente los bajos de los pantalones. Le debieron defraudar bastante, porque con un resoplido final de desprecio, dedicó toda su atención a la dificultosa tarea de aniquilar a una pulga brava que le estaba trabajando el lomo. No pude evitar un poderoso impulso de simpatía hacia la pulga.

Vamos al saloncito —dijo la niña de la casa—, y nos guió a través de una serie de pasillos.

En el saloncito estaba sentada una señora de aspecto apacible, a la que nos presentó la niña como su madre.

Mi amigo, que es un hombre finísimo, la saludó el primero, besándola la mano.

Cuando me tocó a mí, decidí seguir su ejemplo. Ahora bien, tengo que hacer una aclaración, para explicar lo que ocurrió después. Yo, en toda mi vida, no había besado más mano femenina que la de una rubia de Aranjuez, a la que amé hace algún tiempo, y conservaba aún grabada en mi memoria su resistencia a ser objeto de tal demostración de cariño. Bueno, pues se conoce que aquel recuerdo influyó en mí, o que se produjo una desdichada asociación de ideas, en fin, no sé. Lo cierto es que actué como si de la rubia se tratase. Quiero decir que mi energía fué desproporcionada completamente, y sin duda excesiva, para una señora que, sobre no ser muy fuerte, me ofrecía su mano de buen grado.

Creo que la cosa no hubiera tenido consecuencias si no hubiera llevado el anillo aquel. Se trataba de un artilugio dorado, destinado a sujetar cerca de cuarto de kilo de un extraño pedrusco azul tallado de forma agresiva. Lo cierto es que el contacto entre su mano y mi boca se estableció mucho antes de lo previsto, y desde luego con una violencia totalmente inadecuada.

Un espectador imparcial, al disiparse las chispas, no hubiera apostado nada por mi paleta derecha. Y hubiese hecho bien.

En cambio la odiosa piedra, sólo se descascarilló un poco.

Siguió un silencio de estupefacción, du-

rante el cual me dediqué a restregar los pies sobre el suelo (primero el derecho y luego el izquierdo, y después cambiando), y a hacer subir el color de mis orejas hasta un púrpura de muy buen ver.

La pobre señora, con un «¡Dios mío!» entrecortado, se apresuró a recuperar su mano, con cara de susto, y nos abandonó, no sin acariciar, con una mirada de desconsuelo, a sus muebles. No me cabe duda de que abrigaba serios temores sobre el futuro de cualquier objeto que no ocupara un lugar preferente en la escala de Mhos, después de entrar en íntima relación conmigo.

Por fortuna, la llegada de la doncella, con las cosas para la merienda, liquidó el desdichado incidente.

La doncella, el chocolate y la leche, tenían un aspecto inmejorable, con indudable ventaja a favor de la primera.

Un profundo estudio posterior (del chocolate y la leche sólo, desgraciadamente), reveló en el chocolate un exceso de fluidez tal, que para espesarlo tuvimos que mezclarlo con un poco de leche, a pesar de que la mitad de ésta era agua.

Pero bueno, por lo menos tenían buen aspecto. En cambio, los buñuelos, no. Parecían haber estado sometidos, durante horas, a algún fatigoso ejercicio físico, alternado con atroces torturas morales. Demostraban calladamente su profunda convicción de que la vida, para un buñuelo pobre, no vale la pena de ser vivida.

La niña de la casa los envolvió en una tierna mirada maternal.

—No deben estar malos, ¿eh?—, insinuó.

Claro, después de esto, no quedaba más que una cosa que hacer, y yo la hice.

Cogí un buñuelo, el de aspecto menos repulsivo, con dos dedos, e intenté partirlo delicadamente.

Evidentemente, aquel bicho sentía un decidido respeto por las leyes de la cohesión, porque mis esfuerzos sólo consiguieron alargarlo visiblemente, pero sin que nada hiciera suponer que su elasticidad estuviera próxima al límite.

Sonreí confiadamente y añadí un par de dedos más a la tarea. El buñuelo soportó con entereza mis manipulaciones, y aceptó resignadamente un aumento en su longitud de cerca de una cuarta.

Sentí que era el blanco de todas las miradas y decidí acabar rápidamente. Con todos los dedos disponibles en acción, di un tirón súbito. El único resultado apreciable fué un calambre tremendo en el brazo derecho, al chocar mi codo con

el respaldo de la silla. Suspendí por un momento las hostilidades para darme masaje. La paleta del besamanos me latía dolorosamente.

Y entonces fué cuando aquel diabólico buñuelo se rió por primera vez. Sí, señores, se rió. No puedo decir concretamente en qué consistía su risa, pero yo bien sabía que se estaba riendo. Hasta entonces había sido un enemigo duro, eso sí, pero honrado y serio. Hasta humilde. Pero en aquel momento se rió descaradamente y yo comprendí que uno de los dos sobraba en el mundo. Dejó de existir para mí todo lo que me rodeaba. Aquello era un duelo, en el vacío, entre él y yo, y yo tenía que morir.

Le estudié, con mirada sombría, mientras se retorció regocijadamente sobre el plato, intentando recuperar su tamaño primitivo. La sangre me golpeaba las sienes con furia.

Calma, calma —me autocuchicheé—, tracemos un plan de ataque.

Lo primero que hice fué aflojarme la corbata y el cuello, con lo cual conseguí respirar más a gusto y ponerme hecho un asco de aceitazo. Después, empecé. Pisé un extremo del buñuelo, y cogiendo el otro con las dos manos, comencé a tirar hacia arriba. Sobre la alfombra se iba extendiendo una gran mancha de aceite.

¡Es su sangre! —murmuré con malsana alegría—, ¡muere, miserable!

Bueno, en realidad no llegué a decir el miserable entero, porque el «ble» me lo tragué, junto con la paleta lesionada, dos muelas de este lado y un trozo de lengua, al escurrirse el extremo que pisaba y darme con los dos puños en mi propia barbilla un golpe espantoso.

Quedé sentado, jadeante y con la mirada turbia.

El no se reía ya y se retorció en el suelo penosamente.

Animo. No le dejemos descansar —me dije—.

Y puse en práctica un plan que hubiese acabado con él si no hubiera sido por los imponderables.

Lo cogí (su aspecto y su tamaño eran los de una cámara vieja de bicicleta) y lo enganché en el radiador de la calefacción.

Pasé el otro extremo por mi hombro derecho y empecé a andar. Atravesé la habitación agarrándome a las paredes, porque el maldito ofrecía una resistencia desesperada. Agarrado al quicio de la puerta, descansé un rató, y seguí por el pasillo. Le oía quejarse débilmente, pero no se rompía. La señora de la casa me miró asombrada cuando pasé ante la habitación en que estaba, encorvado, resollando penosamente, tirando de algo para ella desconocido. No la hice caso. Seguí. Llegué hasta el vestíbulo...

Y entonces ocurrió la catástrofe. No quiero acusar de colaboracionismo a nadie, pero mi opinión es que el buñuelo no podía soltarse del radiador sin ayuda.

Y sin embargo se soltó.

El resto me lo contó mi amigo Pepe dos días después. El ayudó a sacarme de entre los restos del perchero, donde quedé incrustado. Dice que lo único aprovechable del chisme, era la pelusa que había debajo, que se podía trasplantar debajo de cualquier otro mueble.

De mí, ni la pelusa.

Por el buñuelo no quise preguntarle, porque algo, en mi interior, me dice que el vencido soy yo. Además, que no quiero hablar, porque tengo un ceceo repugnante de resultas de los desperfectos de mi boca.

A lo mejor no vuelvo a ir a más meriendas de esas.



MARTINETE

LIBRERIA Y PAPELERIA

G. - M E N O R

Venta de colores "ROSALES"

Óleo.

Tempera.

Acuarela.

Pastel.

Lienzo.

Papel.

Pinceles.

Barnices, etc.

MOLDURAS EN TODOS TAMAÑOS

Comercio, 57.-Teléf. 1405

Exclusiva de venta de la acuarela
Extrafina "ROSAL FORTUNY"

LIBROS DE ARTE

Precios especiales para los
socios de "ESTILO"

Germán Labrado Ovejero

Constructor de Muebles

Estilos Clásicos y Modernos

Instalaciones para Oficinas
y Centros de Cultura

Santa Ursula, 18 - TOLEDO

PRÓXIMAMENTE se cursarán a los asociados de «Estilo» las BASES del Concurso de Carteles y el Concurso Literario que, como años anteriores, la Asociación de Artistas Toledanos organizará con motivo de la *Romería de Nuestra Señora del Valle*.



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

